



«La Nación», Buenos Aires
23 noviembre 1919 6-556

EL MANIFIESTO DEL GRUPO «CLARIDAD»

Por MIGUEL DE UNAMUNO

RECOGIDO EN «De esto y de aquello» tomo III.....

(Para LA NACIÓN.)

SALAMANCA, septiembre de 1919

Los intelectuales franceses que han formado el grupo Claridad—Clairté—y a cuya cabeza figuran el viejo volteriano Anatolio France y Enrique Barbusse; el autor de la novela tan trabajosamente artística y hasta artificiosa que es «Le Feu»—un enorme éxito de momento— han lanzado al mundo fatigado y dolorido por la guerra un manifiesto, en el que se dice que «se trata o de mantener o de rehacer totalmente, de un extremo a otro del mundo, el estatuto de la vida común» Nada menos!

Curiosa ilusión ésta de que se abra una era completamente nueva para la humanidad! Los del grupo «Claridad» aseguran que está entablada una lucha a muerte entre el pasado y el porvenir. Es lo que se ha dicho y se ha creído siempre y es lo que siempre ha sido. No es la vida otra cosa que el conflicto entre lo que fue y lo que será, o si se quiere, el presente no es otra cosa que el esfuerzo del pasado por hacerse porvenir. O sea la tradición en movimiento, que es cambio.

Dicen los del grupo que trabajarán para preparar la República Universal «fuera de la cual no hay salud para los pueblos». Admitimos de buena gana que fuera de la República Universal no hay salud para los pueblos, y lo admitimos aún sin saber a punto fijo qué es eso de la República Universal, pero dentro de ella ¿hay salud? ¿Qué es la salud o salvación de los pueblos? ¿Qué quiere decir eso? ¿Y no cabe vivir sin salud como sin paz? ¿No es acaso la vida misma el conflicto, la guerra y hasta la enfermedad? ¿Es que si el porvenir pudiese tragarse al pasado todo, quedaría algo? Mas sigamos con la retórica de «Claridad», aunque nos resulte muy poco clara.

Dicen los del grupo que encabeza el viejo volteriano Anatolio France que quieren la abolición de las barreras ficticias que separan a los hombres, la aplicación integral de los catorce puntos wilsonianos, el respeto de la vida humana, el libre desenvolvimiento del individuo limitado sólo por las necesidades de la comunidad viviente; la igualdad social de todos, hombres y mujeres; la obligación de trabajar para todo ciudadano válido; el establecimiento del derecho de cada uno a ocupar en la sociedad el puesto que merezca por su labor, sus aptitudes o sus virtudes; la supresión de los privilegios del nacimiento; la reforma según los puntos de vista internacional, que es el punto de vista social absoluto, de todas

las leyes que regulan la actividad humana: Trabajo, Comercio, Industria». Párrafo éste a que en rigor no cabría otro comentario que añadirle aquella acotación que se usa en música—y música es todo eso— y se expresa así: (bis). Y luego se puede repetir la cantata cuanto se quiera.

Lo que no queremos dejar pasar en silencio es la triada esa de: Trabajo—Comercio—Industria, como si la industria y el comercio no fuesen trabajo. Las triadas son un gran adorno y si no véase: Fe, Esperanza y Caridad; Agricultura, Industria y Comercio; Dios, Patria y Rey; Libertad, Igualdad y Fraternidad; Memoria, Entendimiento y Voluntad; etc. etc. etc. (En Hegel se las encuentra a porrillo).

El manifiesto del grupo «Claridad» es del más puro y más tradicional progresismo, y demuestra cuán robusta es la fe del viejo volteriano y de sus compañeros. ¡Y fe mística! Porque si hay misticismo es el de los creyentes en el progreso.

No hace mucho precisamente que en un número de la revista francesa «Les Lettres»—el del 10 de julio de este año de 1919—leíamos un denso y sincero—y por sincero muy amargo—estudio de nuestro amigo René Iohannet—autor de un libro interesantísimo siempre, y más ahora, sobre «Le principe des nationalités»—estudio que se titula: «Las responsabilidades de Dionisio Papin o las antinomias insolubles del mundo moderno». Lo leímos con singularísima atención, primero por ser de René Iohannet, cuya robustez e intrepidez de pensamiento conocemos, y además por declararse en él que las antinomias del mundo moderno son insolubles. Porque somos de los que pensamos que todas las antinomias de todos los mundos conocidos, antiguos, modernos y futuros, son insolubles. Y que deben serlo. Porque en cuanto se resolvieran se acabaría la vida, que es el juego de las antinomias. Cuando alguien, remedando una sentencia evangélica, dice, por ejemplo, que siempre habrá pobres y ricos, se nos ocurre replicarle: «sin duda; de donde no se deduce que usted haya de ser siempre el rico»—pues el que dice eso, suele serlo—«y otro el pobre; que haya siempre ricos y pobres no quiere decir que ni unos ni otros lo sean de nacimiento, y no estaría de más un turno». Con lo que no se resolvería la antinomia, pero cambiaría de sujetos.

En el citado estudio el Sr. Iohannet asienta que nadie negará que haya un progreso de las cosas—«como se dice: los progresos del mal, los pro-



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDOS USALES



gresos del incendio—pero que lo que no está ya fuera de duda es el estado de espíritu egocéntrico, pseudo-finalista, de todos los oradores de progreso.

Y ante todo, ¿qué es progreso? Progreso quiere decir adelanto o avance, pero para que le haya es menester algo que avance o adelante. Y ese algo puede muy bien ser, como indica Iohannet, un incendio y puede ser una peste. En el sentido más abstracto social lo que progresa es la tradición, lo que camina al porvenir es el pasado. ¿Qué otra cosa puede ser?

El error fundamental de ese progresismo es el de creer que la humanidad camina en el tiempo sobre un sendero, o una órbita—cerrada como el círculo y la elipse, o abierta como la parábola y la hipérbola—trazada de antemano—¿por quién?—como el que va a una ciudad por un camino hecho para llegar a ella. ¿No será más bien que la humanidad marcha como quien va por una selva virgen y desconocida, haciendo con la marcha de sus pies su sendero, y que allí donde llega es siempre su punto de llegada? La doctrina que Bergson expuso en su libro sobre «La evolución creadora» a nada se puede aplicar mejor que a la historia humana. Porque la historia humana se acaba y concluye y cierra en cada momento de su curso y en cada momento de él vuelve a empezar, a iniciarse y a abrirse. Cada momento es fin y cada momento es medio. El verda-

dero finalismo consiste en aceptar un fin siempre presente. El no admitir más que un solo fin supremo, el último, tiene tantos inconvenientes como el no admitir más que una sola causa suprema, la primera. Si la Causa Suprema está obrando siempre, el Fin Supremo también se está siempre realizando. Y sin embargo, esta eternidad momentánea no nos satisface. Ni a los progresistas.

El concepto de progreso de los progresistas en un concepto eminentemente conservador, y en el fondo estático, y lo ha visto muy bien, Iohannet. El trazar roderá al progreso es fijarlo. Los progresistas tomen la marcha a través de la selva virgen y pretenden que la humanidad marche sobre rieles. Dice Iohannet: «una sociedad será tanto más civilizada cuanto más inflexiblemente siga el curso de la vejez, es decir, del progreso; y ella resistirá tanto mejor al desgaste cuanto posea en sí más reservas de desobediencia a esa llamada». Indudablemente; progresar es envejecer!

Dice Iohannet: «La lucha de razas, lucha de clases, caos informe, batido y ballente, en que los restos de arte que la «standardización» no ha ani-

quillado todavía correrán a su último riesgo y a su último azar; una sucesión anhelosa de victorias y de derrotas; lo contrario exactamente de la permanencia, de la belleza, de la distinción, de la quietud; sino una sociedad de todos los frenesís de la carne y de la inteligencia; un campo eléctrico mundial con descargas irresistibles de potencia y contorsiones inhumanas; explosiones bíblicas de ideas, de pasiones, de ensueños; un deseo de paz inefable, creador de conflictos que nada aplaca, he aquí probablemente lo que el ad-

venimiento de los pueblos y del pueblo, de la máquina y del crédito, es decir, del dinero, del simplismo, de la grosería prepara a la humanidad miserable». A lo que sólo se nos ocurre este comentario: así sea, amén! Porque si se cumpliera, dentro de la República Universal, la salud de los pueblos con que sueñan los del grupo «Claridad», sería cosa de morirse de tedio. «El miedo de vivir»—exclama Iohannet—este título extraordinario bastaría para la gloria de un escritor. Y añade: «Cómo señala un tiempo, un alma, una actitud!» Y el miedo de vivir, añadiremos, no es sino el miedo de morir. Porque el que quiera salvar su vida la perderá, dijo el Cristo.

Al final de la autobiografía de Henry Adams, el famoso bostoniano que se llamó a sí mismo anarquista conservador cristiano, hay una teoría dinámica de la historia (The education of Henry Adams; an autobiography) y se trata de la ley de la aceleración. Y en el último capítulo de este libro tan lleno de espíritu histórico se nos habla de cómo en los glaciares antárticos, a cinco mil pies sobre el nivel del mar, halló el capitán Scott esqueletos de focas que treparon allá trabajosamente para poder morir en paz «probablemente por su miedo instintivo a sus enemigos marinos», dice el capitán Scott mismo. La foca progresa y asciende por el hielo duro y resbaladizo para poder morir en paz y sin que le maten sus enemigos. Y esta es acaso uno de los mejores símbolos del progreso.

Entretanto todo el que guste puede inscribirse en el grupo «Claridad» que tiene—y ¿cómo no?—su comité directivo y que aspira a constituir la «Internacional del Pensamiento». «Tableau!»

